

Síntesis del debate
Pol Morales

El acontecimiento lo merecía. Un grupo de investigadores surcoreanos había logrado una hazaña hasta entonces más cercana a la ciencia ficción que al método científico. El equipo capitaneado por Woo-suk Hwang había obtenido células troncales de embriones clonados. El mismo 20 de mayo de 2005, cuando apareció por primera vez el artículo científico original¹, los medios de comunicación se lanzaron a publicar la noticia. De forma inusual, la ciencia ocupaba portadas y los periodistas, especializados o no, debían asumir el reto. ¿Cómo informar sobre una cuestión tan compleja y desconocida, y con tantas connotaciones morales como la clonación terapéutica?

Terminología y conceptos abstrusos por un lado, y cuestionamientos éticos por el otro, hacían de esta información un claro exponente de las fricciones entre ciencia y periodismo. La constatación posterior de que todas esas informaciones se sustentaban sobre uno de los fraudes científicos más sonados no hizo sino aumentar el interés por el análisis de su tratamiento informativo. De ahí que el tercer debate sobre periodismo científico organizado por la Fundación Dr. Antonio Esteve debiera versar casi obligatoriamente sobre uno de los temas científicos con más repercusión mediática: las expectativas y los desencantos acerca de la clonación terapéutica.

Un fraude científico de alcance global

La cuestión que más interrogantes planteaba es cómo logró el mal llamado Dr. Hwang Woo-suk

(su auténtico nombre es Dr. Woo-suk Hwang) publicar un artículo repleto de datos falsos en una revista de primer orden como *Science*. A una de las fuentes más fidedignas e incuestionables de todo periodista científico le habían colado un gol descomunal, y la repercusión del fraude, gracias a su potente gabinete de prensa, alcanzaba mucho más allá de la comunidad científica. Medio mundo fue testigo de cómo las esperanzas respecto a la clonación con fines terapéuticos se tornaban frustradas.

“La primera publicación² de Hwang en 2004 en *Science* tuvo sus críticas”, comenta Francesca Vidal, catedrática de Biología Celular de la Universitat Autònoma de Barcelona. “En distintos ámbitos se le cuestionó que hubiera utilizado un diseño experimental que impedía demostrar realmente la existencia de embriones clónicos. Con la segunda publicación, mucho más revolucionaria, con unas increíbles tasas de éxito, cuesta entender cómo se publicó tan rápido y sin cuestionar más puntos.”

En opinión de Jaume Baguñà, catedrático de Genética de la Universidad de Barcelona, la máxima “*too good to be true*” es lo que de entrada debería haber puesto en alerta a *Science*. “El hallazgo parecía tan increíble que tendría que haberse contrastado mucho más. Sin embargo, su publicación es un indicador de hasta qué punto están sometidas las revistas científicas a una presión que las obliga a ser siempre las primeras.” Presión parecida a la que viven los científicos, y que les obliga a publicar resultados para mantener un estatus o conseguir financiación.

¹ Hwang WS, Roh SI, Lee BC, Kang SK, Kwon DK, Kim S et al. Patient-specific embryonic stem cells derived from human SCNT blastocysts. *Science*. 2005;308:1777-83.

² Hwang WS, Ryu YJ, Park JH, Park ES, Lee EG, Koo JM et al. Evidence of a pluripotent human embryonic stem cell line derived from a cloned blastocyst. *Science*. 2004;303:1669-74.

Para Francisco Murillo, también catedrático de Genética en la Universidad de Murcia, “es muy fácil engañar a un revisor. La revisión por pares se realiza sobre un artículo escrito, no sobre un experimento, ya que ralentizaría mucho el proceso de publicación. Existe, por tanto, una confianza en que los datos presentados son ciertos, y esa confianza los editores no la pueden perder, a pesar de la facilidad con que hoy en día puede trucarse una imagen”.

El caso es que, tal como recuerda Francesca Vidal, el Dr. Hwang logró llevar el fraude al límite, hasta el punto de que incluso grupos españoles estaban aprendiendo su supuesta técnica de clonación cuando se desató el escándalo en diciembre de 2005. Tras la publicación, en 2004, de su primer artículo en *Science*, él mismo estuvo impartiendo varias conferencias en nuestro país, justo en el momento en que desde ámbitos cercanos se cuestionaba la utilización de células de la misma paciente de la que habían obtenido los ovocitos. Cuesta entender que el científico surcoreano llegara tan lejos, ya que “la ciencia tarde o temprano termina destapando los fraudes” advierte Acaimo González-Reyes, investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Periodistas víctimas del engaño y periodistas que lo destaparon

En esta ocasión, sin embargo, no fue la ciencia la que destapó el fraude sino una cadena de televisión de Corea del Sur, la emisora MBC, mediante su programa de temas de actualidad *PD Diary*. A principios de diciembre de 2005, los periodistas del espacio televisivo fueron acusados de utilizar tácticas represivas contra algunos de los pacientes que habían donado células somáticas a su equipo con el objeto de desacreditar las investigaciones de Hwang (ver la noticia publicada en *The Chosun Ilbo*). Tácticas de engaño a los familiares, presión a compañeros del investigador, topos... La protesta popular que siguió a estas informaciones provocó el cierre del programa.

Días más tarde, en cambio, la cadena pudo defenderse de las críticas en otro espacio, *News Desk*, con las declaraciones de Sung-il Roh. El

colaborador de Hwang concedió una entrevista al programa tras afirmar que no existían las células madre clonadas por el surcoreano, haciendo estallar una auténtica bomba informativa. La credibilidad mundial de la bioingeniería coreana quedaba por los suelos, pero muy por encima de la reputación del Dr. Hwang.

Veterinario de formación y pionero de la clonación animal, el 16 de diciembre de ese mismo año Hwang pidió la retirada de su tan ampliamente difundido artículo de *Science*. Días más tarde, la comisión de investigación creada en la Universidad de Seúl para evaluar la seriedad de los trabajos de Hwang emitió un informe en el cual se manifestaba que el resultado de las investigaciones del equipo surcoreano “había sido falsificado deliberadamente”. La comisión afirmaba que en el trabajo se habían manipulado fotos y datos sobre la obtención de células madre a partir de embriones humanos. Ese mismo día Hwang dimitió de su puesto como profesor universitario. “Pido sinceramente perdón”, declaraba minutos antes de su dimisión.

“Es muy llamativo que fuera la prensa, y en concreto la televisión, la que empezara a remover el avispero en Corea. Hasta ahora eran los científicos los que decidían qué es y qué no es ciencia. Pero con la llegada de esta era hipermediatizada, los medios de comunicación también forman parte de ese debate.” Así opina Pablo Francescutti, quien simultanea el periodismo científico con la docencia y la investigación universitaria.

Si bien la responsabilidad del fraude de Hwang recaía principalmente en su persona y su entorno, el comité independiente de científicos que lo investigó no absolvió de cierta culpa a otros actores implicados. “El gobierno, las autoridades y los medios de comunicación también son responsables de haber reproducido mentiras en serie”, afirmaban con rotundidad en su informe.

¿Fueron los medios de comunicación culpables del alcance planetario del fraude al elevar a Hwang a la categoría de héroe científico? ¿Informaron correctamente sobre una investigación que terminó derivando en engaño? ¿Contrastaron bien sus fuentes o simplemente se limitaron a reproducir el comunicado de prensa facilitado por *Science*?

“Cuando se trata de comunicar con la incertidumbre, los periodistas optamos como recurso habitual por el paradigma dominante, que no es otro que lo que dicen las revistas científicas. Es un recurso útil, porque las posibilidades de que el paradigma dominante se equivoque son pocas y porque siempre nos permite trabajar con la certeza de que estamos proporcionando información rigurosa”, comenta Francescutti.

“Cuando al periodista le llega un *press release* de *Science* como éste, debe tener muchas agallas para ponerlo en duda” manifiesta Joaquim Elcacho, redactor de ciencia y medio ambiente del diario *Avui*. “Si una revista de esta envergadura, con revisiones por pares y tantos redactores dedicados a biomedicina, considera que el tema es importante, nadie será el primero en ponerlo en duda.”

Tampoco se puso en duda el optimismo que emanaba del propio artículo científico y de su posterior comunicado de prensa facilitados por *Science*. Los medios de comunicación sí contribuyeron en cierta manera a la generación de expectativas en torno a este hallazgo científico. En opinión de Enrique Coperías, subdirector de la revista *Muy Interesante*, “el optimismo es algo que ya se genera en las propias revistas científicas. Si desde el estamento científico no se quieren generar falsas promesas, no deberían venderlas en las cinco primeras líneas de sus artículos, ya que eso es lo que el periodista va a utilizar como gancho para vender el tema a sus superiores y para confeccionar la noticia”.

Células madre y falsas expectativas

“El logro del profesor Woo-suk Hwang relanzará el debate sobre la utilidad de las clonaciones humanas, por mucho que esta técnica pareciera naufragar bajo los golpes conjugados de embaucadores mediáticos (favorables) e ideólogos religiosos (hostiles)” informaba *Libération* el mismo 20 de mayo de 2005. “Es curioso que el diario que vende menos ejemplares de los cuatro seleccionados para este debate sea el que informa mejor”, considera Jaime Bagnà.

Las células madre son un tema recurrente de los informadores. Es probable que una de las causas sea precisamente el enfrentamiento ideológico que genera en la sociedad. “Han adquirido una preponderancia que no sé si merecen, entre otras cosas porque España no es una potencia en este tipo de investigación”, afirma González-Reyes. “No sé si somos los científicos los que hemos generado las falsas expectativas o si tiene que emplearse este recurso para que el tema resulte más atractivo. En todo caso, está en manos de los dos colectivos la capacidad de conducir y mandar un mensaje coherente y razonable sobre esta cuestión.”

En opinión de Pablo Francescutti, las noticias seleccionadas para este debate sobre el tratamiento de la clonación terapéutica representan lo mejor y lo peor de cada gremio “en cuanto a la capacidad de generar expectativas sobre un avance científico y la capacidad de defraudarlas. Los periodistas tuvieron que explicar cómo habían inflado un globo que terminó por desinflarse abruptamente. Si existen dos tipos de sensacionalismos, el alarmista y el optimista, la panacea genómica representa un claro ejemplo de este último.”

Expresiones como “el rey de la clonación coreano”, empleada en el titular de una de las noticias seleccionadas, reflejan hasta qué punto determinada prensa utilizó términos que, según Elcacho, entremezclan peligrosamente opinión con información. “Empezar un artículo con una expresión tan poco científica y tan poco neutral es un ejemplo de lo que los periodistas científicos deberían aborrecer cuando realizan su trabajo.”

Para Hugo Cerdà, periodista de los suplementos de salud y futuro de *El País*, la labor que ha fallado en muchos casos, con excepciones como las del diario *Libération*, es la de explicar al lector que existen multitud de obstáculos y dificultades antes de llegar a la tan mencionada curación de enfermedades incurables. “Los medios de comunicación desperdiciaron la oportunidad de explicar al público en qué consiste el método científico. Este método se basa en que alguien propone algo y su propuesta se somete a la evaluación de los demás grupos de investigación, y hasta que no se confirma no forma parte del *corpus* teórico.”

Sin embargo, las expectativas en torno a nuevos hallazgos como el de la clonación terapéutica, alentadas o no desde los propios artículos científicos, comienzan a remitir, a juicio de González-Reyes. “El tono de los *papers* relacionados con células madre es ahora más realista. Tanto científicos como periodistas han mejorado su capacidad de transmisión. Pero también la sociedad ha aprendido que no le curarán la diabetes en tres años y que el método científico requiere una serie de pasos de comprobación que llevan su tiempo.”

Sin duda, como ya se había comentado en anteriores reuniones, ciencia y periodismo discurren en tiempos bien distintos y es complicado que la primera ofrezca los titulares rotundos que espera la prensa. Incluso existen tiempos distintos para la ciencia básica y para la aplicación, tal como recuerda Francisco Murillo, lo cual hace que el periodista científico deba tomarse los nuevos hallazgos científicos con mucha cautela a la hora de generar expectativas.

En una de las últimas reuniones organizadas por la Fundación Dr. Antonio Esteve en el marco de la Escuela de Verano de Salud Pública (*Interacciones entre Farmacología, Atención Sanitaria y Salud Pública*) se reflexionó precisamente sobre el carácter cambiante de la evidencia científica. Entre los investigadores que participaron se llegó a afirmar que ellos nunca trabajan con certidumbres; algo que no toda la sociedad presupone sobre una ciencia de la que nos acostumbran a llegar multitud de sentencias, en parte a causa del tratamiento que sobre ella nos ofrecen los medios de comunicación.

Tratando la clonación terapéutica

“La labor del periodista debe seguir siendo la de verificar”, recuerda Hugo Cerdá. “Ante una información como la que estamos tratando, su trabajo debe consistir en buscar otros especialistas que manifiesten si ese hallazgo va a derivar realmente en lo que se anuncia y en los plazos que se proponen. Hay mucha tendencia a titular el futuro como mucho más cercano e inmediato de lo que puede ser.”

¿Hasta qué punto los periodistas están sometidos a ciertas tendencias de publicación? Esta pregunta se hace González-Reyes, por ejemplo, tras leer en un periódico nacional presuntas declaraciones de un reputado científico a quien ve incapaz de afirmar, tal y como presentaba la noticia, que “ya se conoce el mecanismo molecular de cómo opera el cáncer”. “Deberíamos huir de todas aquellas afirmaciones que no se ajustan a la realidad” concluye, “aunque en el caso concreto de la clonación terapéutica no tengo muchas críticas en lo que al tratamiento de los aspectos científicos se refiere”.

Para Enrique Coperías, la falta de rigor que en algunas ocasiones suele acompañar a las informaciones científicas se debe a la presión del medio de comunicación. Una presión por parte de los cargos superiores, los encargados de conceder el espacio a las noticias: “Resulta muy complicado sintetizar en 15 o 20 líneas un avance científico tan espectacular como éste”.

Mediante los ejemplos seleccionados como punto de partida para el debate y que forman parte de esta publicación, es posible hacerse una idea del diferente tratamiento que los medios de comunicación dieron a este hallazgo científico. “El diario *Chosun Ilbo*, por ejemplo, adopta la noticia en clave nacionalista y se apresura en coronar al señor Hwang, aunque luego lo defenestra sin criticar por qué desde ese mismo medio se había hecho un gran *boom* con el asunto. *USA Today*, por su parte, acerca el tema a su terreno y aprovecha para dar un toque de atención sobre el peligroso retroceso de Estados Unidos con respecto a esta técnica por motivos políticos y religiosos”, resume Francesca Vidal. “*Libération*, en cambio, es el que trata con más rigor la noticia, exponiendo ventajas y desventajas de la técnica, voces en contra y voces a favor.” Baguñà la acompaña en esta opinión, afirmando que el rotativo francés resulta el más sensato y prudente, y el que presenta un mejor redactado.

“En este caso, al periodista no le interesa la ciencia sino la noticia. Estamos ante dos sucesos que son noticiables *per se*. Por un lado, el hallazgo de un método de clonación con la posibilidad de hacer individuos iguales y de tratar enfermedades incurables, y por otro el descubrimiento

del fraude de una persona notable”, advierte Murrillo. “Es un caso excepcional que sirve como un buen ejemplo para analizar muchos aspectos de la ciencia, como pueden ser su relación con la sociedad o el propio proceder científico.”

Un caso excepcional también, como decíamos, para observar el comportamiento de los medios de comunicación en su proceso de transmisión de un tema complejo a la sociedad. La clonación terapéutica aún terminología compleja con debate social, y para forjarse una opinión resulta indispensable un buen nivel de formación entre los ciudadanos. Aparece entonces la gran barrera que lo dificulta: el grado de conocimientos tanto del emisor como del receptor.

La difícil barrera de la educación

La frontera entre informar y educar resulta más o menos infranqueable en función del profesional y del medio de comunicación para el cual trabaja. Para algunos es deber de los informadores ir inculcando entre la población los conocimientos necesarios para adquirir una actitud crítica. Para otros, ampliar el nivel de formación de la sociedad compete única y exclusivamente al sistema educativo.

“El periodista científico, además de informar y entretener, tiene que educar”, opina Francescutti. “Debemos hacer un esfuerzo adicional para formar y no quedarnos únicamente con la conclusión o el resultado. Conviene explicar también el cómo, es decir, el método mediante el cual los científicos han llegado a esa conclusión, y para ello hay herramientas, como la infografía, que resultan muy útiles. El método es la parte crucial para hacer pedagogía.”

Sin embargo, esta pedagogía resulta muy complicada de delimitar. “No podemos dar por supuesto que la audiencia sabe qué es una mitocondria, ¿pero debemos explicar también lo que es una célula?”, se pregunta Enrique Coperías. “No hace falta extenderse demasiado, pero sí podemos referirnos a ella como la unidad básica de la vida. El lector agradece cualquier añadido explicativo que incorporemos a la información, porque de otra forma le estamos disuadiendo de

que siga informándose. La ciencia es tan diversa, con tantos conceptos para cada especialidad, que no podemos exigir al ciudadano que los conozca.”

En los conocimientos que la población tiene sobre temas científicos radicó precisamente uno de los grandes ejes argumentativos del debate. La formación científica tanto de la sociedad como de los profesionales de la comunicación se presenta como uno de los grandes escollos para el periodismo científico. De entrada, a la hora de confeccionar nuevos proyectos comunicativos centrados en la ciencia.

Desde *Muy Interesante*, por ejemplo, tal como explicó su subdirector, decidieron lanzar *Muy Júnior*, una edición infantil para atraer a los lectores más jóvenes. En un principio tomaron como ejemplo una publicación alemana, *Geolino*, que arrasa entre el público de 7 a 14 años. Calcando al español los artículos de la edición alemana y comprobándolo en niños españoles de la misma edad, se encontraron con que el 90% de ellos no lograba comprender su contenido, de manera que fue necesario rebajar el nivel de formación de la revista para adaptarla al público español.

Para Hugo Cerdà, el principal problema se encuentra precisamente en la etapa infantil: “No fomentamos desde pequeños el interés por un campo de la actividad humana que tiene tantas implicaciones en la democracia a la hora de tomar decisiones como ciudadanos. No podemos decidir, por ejemplo, sobre los transgénicos sin saber lo que son. El problema es que cualquier institución que esté en contra de la investigación con células madre tiene más altavoces que un científico realizando una explicación rigurosa al respecto”.

Sin embargo, para él la solución no pasa por un mayor papel educativo de los medios de comunicación: “Educar no es una de las funciones del periodismo; para eso están los maestros. El problema es que no existe una base de conocimientos en la sociedad sobre la cual construir los discursos y explicar todo lo que se está haciendo en ciencia, y así, finalmente, los periodistas utilizamos términos científicos y expresiones que sabemos que en realidad no se entienden y que tampoco tenemos tiempo ni espacio para explicar”.

Francisco Murillo también comparte la idea de que la función de los periodistas no es la de formar a la población, pero sí la de los medios de comunicación en sus diferentes formatos, como por ejemplo el de la serie de dibujos animados *Érase una vez el hombre*. “En el campo de la animación y de los programas infantiles hay un potencial enorme. Un programa que estaba pensado para niños, supongo que con un equipo de científicos detrás, terminó interesando también a los adultos. El público tiene más interés por la ciencia de lo que parece, pues todavía se considera el saber como un mérito. Simplemente se trata de presentar los temas de forma atractiva.”

Coperías comparte su opinión: “No es verdad que la ciencia no interese a la sociedad. *Muy Interesante* la leen más de dos millones y medio de personas. El problema es la oferta que se hace al público, sobre todo en el caso de la televisión, el medio que más podría captar el interés de los niños por la ciencia. Son las televisiones públicas, pues no es labor de la empresa privada, las que deben fomentar la divulgación científica”.

Advierte Elcacho, sin embargo, que “se podría proporcionar más información científica, pero sin caer en la banalización. La ciencia tiene el don de hablar de hechos reales, demostrables o no, y de tener sentido de la autocrítica. Los errores se detectan y se rectifican muy rápidamente. Por ese motivo, deberíamos tratar de recoger estos aspectos para mantener la concepción de que la ciencia es un valor positivo para el conocimiento general”.

¿En qué consiste el reto de la divulgación científica?, se pregunta Francescutti; y responde: “en explicar al lector la teoría de la relatividad en 50 palabras y en volvérsela a explicar al año siguiente porque ya se le olvidó. Por ese motivo, el segundo párrafo de la noticia en periodismo científico es fundamental, porque si no explicamos la terminología complicada perdemos al lector. Los periodistas debemos tratar de llenar el desfase entre los conocimientos que adquirió la sociedad sobre ciencia en la escuela y la realidad científica actual”.

La tarea de la divulgación científica no concierne únicamente a aquellos que transmiten la información, sino que también debería implicar

a los que la generan. En este sentido, entre los científicos parece que empieza a calar la idea de que su tarea no se circunscribe únicamente a un entorno especializado: “Los investigadores debemos hacer un esfuerzo para ser capaces de transmitir el interés de lo que hacemos a la sociedad, entre otras cosas porque es la sociedad la que nos financia”, opina González-Reyes.

Aprendiendo a divulgar desde la ciencia

Francesca Vidal es consciente de la importancia de la divulgación científica. En su grupo de la Universitat Autònoma de Barcelona la practican a muy distintos niveles, participando en escuelas de verano o realizando sesiones en centros para la tercera edad que les solicitan información sobre aspectos como la reproducción asistida.

El problema viene, en ocasiones, cuando aparecen los medios informativos como intermediarios de la divulgación. El científico no siempre está disponible tan inmediatamente como quisieran las televisiones, y el espacio con que cuentan los medios no siempre es suficiente para explicar, por ejemplo, la importancia de una célula madre. Es entonces cuando aparecen los cortes sacados de contexto, con términos como “manipulación de embriones”, que son los que resultan atractivos para el informador y precisamente los que prefieren evitar los científicos.

A pesar de ello, coincide con González-Reyes en que una de las obligaciones de todo científico es la de divulgar: “El problema es que entre hacer un escrito de divulgación o redactar un artículo para una revista científica, uno se plantea qué va a contar más en su carrera profesional. Debemos mentalizarnos de que ambas aportaciones son importantes y de que tenemos que hacer el esfuerzo de realizarlas”.

Jaume Baguñà considera que la principal dificultad que tienen los científicos para colaborar con los periodistas es la falta de tiempo. A su entender, se abusa de los investigadores y, a excepción de aquellos más mediáticos, se les tiene en poca consideración. “Los medios demandan información a un experto en un tiempo extremadamente corto, sin proporcionar, a diferencia de

lo que ocurre con otros colaboradores, ninguna remuneración a cambio.”

Para Coperías, la presencia mediática de los científicos es escasa. En su opinión se necesitan más profesionales con credibilidad que, como Félix Rodríguez de la Fuente hizo en su momento, consigan apasionar a la audiencia. “El divulgador científico debe saber enganchar al lector desde el principio con metáforas, ejemplos, etc. Muchos científicos tienen miedo a hacer el ridículo si bajan a ese estrato. Pero lo que no se puede consentir es que durante una catástrofe ecológica como la del Prestige no hubiera ni un solo científico declarando al respecto y fueran los políticos los que manejaran tan peligrosamente los conceptos científicos.”

¿Cómo escogen los medios al experto de turno?, se pregunta Baguñà. El esfuerzo que los científicos deben realizar para tener una mayor presencia en los medios de comunicación tiene paradójicamente otra cara de la moneda: los recurrentes científicos mediáticos, un fenómeno que para Elcacho comporta un gran riesgo. “Es un reto para los investigadores prestarse al juego de aparecer en los medios. Reto que consiste en mantener la seriedad de la ciencia y no dejarse llevar por el canto de sirenas. Ése pudo ser uno de los motivos por los que cayó en desgracia el Dr. Hwang: la necesidad de muchos científicos de aparecer en los medios, de convertirse en protagonistas para, entre otras cosas, conseguir fondos para sus investigaciones.”

Con finalidad totalmente distinta, ya hay quien ha comenzado a ponerse las pilas. Comenta Francescutti que “algunos centros de investigación se están dando el lujo de contratar periodistas que formen a sus miembros para saber enfrentarse a los medios de comunicación. Los científicos deben empezar a hacer sus propias campañas de difusión y una buena manera es mediante iniciativas como la Semana de la Ciencia de Barcelona”.

Otros, como Francisco Murillo en el periódico *La verdad* de Murcia, colaboran con la prensa mediante una columna semanal. “Los científicos hemos aprendido a sintetizar lo que queremos explicar en 400 palabras. Se trata de una experiencia en la cual es el propio investigador quien

tiene la iniciativa y, en mi opinión, estamos perfectamente capacitados para realizar este tipo de colaboraciones”.

Pero si la divulgación ya es un terreno pantanoso para determinados científicos, el paso más allá que supone la opinión es, para la gran mayoría, un terreno inexplorado. “Falta opinión científica en los medios de comunicación españoles”, opina Francescutti, “y una de las razones se debe a las reticencias de los científicos a salir a opinar”.

Es difícil opinar

La razón parece encontrarse en la propia esencia científica. Opinar no está entre las prioridades de la ciencia. “Es difícil que existan más artículos de opinión sobre ciencia en la prensa, cuando las propias revistas científicas evitan su publicación”, considera Francesca Vidal. “Desde nuestro ámbito no se acepta una crítica o una opinión respecto a un hallazgo publicado. Científicamente no vende.”

Si desde la propia fuente es complicado extraer una interpretación de las informaciones, desde los medios la actitud crítica hacia los temas científicos se convierte en un auténtico reto para los periodistas. De ahí que, según Baguñà, la mayoría de los artículos seleccionados para este debate tuvieran tan poca dosis de interpretación respecto al tema de la clonación: “La mayoría, exceptuando *Libération*, se limitan a dar la noticia de forma muy acrítica.”

En opinión de Coperías, este hecho no es sino fruto de lo que se mencionaba anteriormente: la falta de formación de los profesionales del periodismo. “Poco crítico puede ser un periodista cuando está proporcionando información tan delicada y comprometida como es la biomédica, y sobre todo, como en este caso, cuando contiene conceptos tan complicados y desconocidos.”

“Existen tres elementos esenciales para perfilar un buen periodista científico: vocación, formación y dedicación personal; es decir, una constante actualización y reciclaje de las herramientas de trabajo”, continúa Coperías. “Sólo

con estos elementos puede lograrse un periodismo crítico y de alta calidad. Por suerte, está habiendo una evolución muy positiva, ya que cada vez surgen de la universidad profesionales mejor formados.”

Hilando más fino, si en algo considera Baguñà que es acrítico el periodismo es con la política científica. En su opinión, existe todavía un miedo en los medios de comunicación a criticar constructivamente el poder. “La ciencia se ha politizado muchísimo en España. Los políticos perciben que la sociedad demanda una cierta confianza sobre las posibilidades de curación, y casi todo lo que promueven es en aras de la salud. La consecuencia más funesta es que al final los científicos hacen la ciencia que dictan los políticos, y los medios difunden la ciencia que promueven los políticos. Esto va en contra del conocimiento, que es la base de la ciencia.”

La politización de la ciencia y su consecuente difusión a través de los medios ha comportado, a ojos de Baguñà, un problema en torno a las células madre: “La gente tiene la percepción de que son cuatro centros de excelencia los únicos que llevan a cabo investigaciones con células madre. Los políticos están primando muchísimo a institutos y centros de referencia, y esto conlleva una importante crisis para los departamentos universitarios”.

En ese sentido, también se pregunta el investigador catalán si los medios reciben algún tipo de presión por parte de las propias instituciones políticas en materia científica. Para Murillo es evidente que existe esta presión, aunque en menor medida que en otros países, ya que “los políticos de nuestro país invierten muy poco dinero en ciencia”.

“Uno de los aspectos que precisamente me atrajo del periodismo científico”, confiesa Francescutti, “es que no estaba politizado. Sin embargo, desde hace cuatro o cinco años sí se está produciendo un fenómeno de politización en nuestro país. Este fenómeno suponía oportunidades y riesgos. Oportunidades en el sentido de que al fin la ciencia entraba en la agenda política, y por tanto obtenía mayor cabida en la agenda mediática. Y riesgos de una mayor injerencia y una menor libertad para el periodista”.

Ante los malos tiempos, un gran cambio

Sea con injerencia política o no, la ciencia sigue siendo una de las grandes olvidadas en los medios de comunicación. A pesar de que iniciativas de divulgación científica, como la propia *Muy Interesante*, son un éxito que demuestra el interés de la audiencia por este ámbito, los medios generalistas siguen considerando prioritarias otras secciones, como las de política y sucesos.

“Los diarios de información general están repletos de trivialidades acerca de políticos, artistas, deportistas y, en materia científica, por ejemplo, en torno a genes que nos salvarán de todos los males”, apunta Murillo. “Una vez a la semana, y en eso mejoramos, aparece un especial de ciencia, de futuro y otros temas, que suelen ser muy completos y rigurosos. Es hora de preguntar al público qué tipo de prensa quiere, para que ésta responda realmente a sus necesidades informativas.”

En opinión de Francescutti, existe una demanda un tanto injusta respecto a los medios de comunicación, o más concretamente respecto a la prensa diaria. “Se le está exigiendo reflexión y análisis sobre ciencia a un medio cuyo objetivo es informar sobre el día a día. Faltan, en el sistema de medios de nuestro país, semanarios o publicaciones mensuales que puedan dedicarse a la reflexión científica, tal como ocurre en Francia, por ejemplo, con *Le Nouvel Observateur*. Qué grande que exista *Muy interesante*, y qué triste que sólo exista *Muy interesante*”, argumenta.

Enrique Coperías comparte su opinión de que faltan semanarios que traten temas científicos tan complejos como las células madre con más tiempo y mayor capacidad de reflexión. Sus pronósticos acerca del futuro, además, no son demasiado optimistas: “La prensa está sufriendo una crisis económica brutal, sobre todo con la fuerte competencia que supone Internet. Hoy día, cualquiera puede hacer su propio periódico con la ayuda de la web 2.0., y los jóvenes no conciben pagar por algo que puede aparecer gratis en Internet”.

El panorama en la televisión tampoco es muy halagüeño y resulta mucho más preocupante al tratarse del medio con más penetración en la so-

ciudad. “Los pocos programas que existen actualmente sobre ciencia –opina Baguñà– no ilustran mucho. Creo que su audiencia aprende muy poco con sus contenidos.” Francescutti también opina que la televisión es la asignatura pendiente en materia de divulgación científica; una demanda que debe orientarse hacia el ente público.

El cambio en las rutinas de ambos profesionales, periodistas y científicos, se convierte en la única vía hacia una mejora de la divulgación. El primero y más primordial pasa por un cambio de mentalidad en los responsables de los medios de comunicación, en cuyas manos está la elección de sus contenidos. Dotar de más y mejor información científica a sus productos requiere, a su vez, una rentabilidad que sólo es posible con el apoyo de la audiencia, cuyas preferencias reales

suelen ser bastante distintas de las ideales. En el caso de los medios de titularidad pública, con la televisión como máximo exponente, la apuesta debe ser clara: calidad y formación por encima del lucro. Modelos como el de la BBC son un ejemplo claro de que el cambio es posible y, además, rentable. Y cambios también en la representación científica que existe en los medios, tanto desde el punto de vista de los periodistas (Baguñà reclama, por ejemplo, más voces en la prensa especializada) como de los científicos. Investigadores más accesibles, más partidarios de la información y que reclamen su papel social en la divulgación de la ciencia, demanda Elcacho. En la colaboración entre científicos y periodistas parece estar la llave de un periodismo cualitativamente más elevado.